

ARTÍCULO ACADÉMICO

¿Se puede filosofar en la ciudad?
Can you philosophize in the city?

Esther Charabati Nehmad (México)

Universidad Nacional Autónoma de México

chara2005@gmail.com

ID. 0000-0001-8608-7925

Temática general: Educación en campos disciplinares.

Área Temática: Ciencias sociales

Tipo de ponencia: Reporte de investigación parcial

¿Se puede filosofar en la ciudad?

Ciencia y Filosofía ISSN: 2594-2204

Vol. 10, pp. 2-17

Recepción: 26 junio 2023

Aprobación: 28 julio 2023

Publicado: 07 agosto 2023

DOI: 10.38128/cienciayfilosofa.v10i11.72

Resumen.

La profesionalización de la filosofía y su lugar en la universidad y en la educación media parece atravesar una crisis en dos sentidos: la más importante consiste en que la sociedad neoliberal no la considera necesaria ni pertinente en relación con sus fines; la segunda tiene que ver con la enseñanza de la filosofía, que no ha logrado adaptarse a los nuevos sujetos educativos ni despertar su interés. En esta ponencia trataremos de abordar la naturaleza de esta crisis a partir de una revisión de las formas de enseñanza de la filosofía de varios autores: algunos privilegian los contenidos -la historia de la filosofía, de los sistemas filosóficos y de los problemas filosóficos que los constituyeron- en tanto transmisión de archivo. Otros consideran que el objetivo es enseñar a filosofar, desarrollar una capacidad. Otros más se centran en formar una mirada problematizadora y otros en la enseñanza del deseo.

Como un intento de sacar a la filosofía de las aulas, surgieron, desde hace algunas décadas, iniciativas para hacer filosofía en diversos espacios de la ciudad que están basadas en la cultura del cuestionamiento y favorecen el debate. Estas prácticas difieren de la filosofía institucionalizada principalmente en el público al cual se dirigen, sus finalidades y metodologías, y por sus supuestos filosóficos. Se presenta el proyecto Filosofía en la ciudad que ha venido realizando cafés filosóficos desde 2016.

Palabras clave: educación, enseñanza de la filosofía, filosofía en la ciudad, prácticas filosóficas.

Abstract.

The professionalization of philosophy and its place in the university and in secondary education seems to be going through a crisis in two ways: the most important is that neoliberal society does not consider it necessary or pertinent in relation to its purposes; the second has to do with the teaching of philosophy, which has not been able to adapt to the new educational subjects or arouse their interest. In this paper we will try to address the nature of this crisis from a review of the ways of teaching philosophy by various authors: some privilege the contents -the history of philosophy, of philosophical systems and of the philosophical problems that constituted- as archival transmission. Others consider that the objective is to teach to philosophize, to develop a capacity. Still others focus on forming a problematizing gaze and others on teaching desire.

As an attempt to get philosophy out of the classroom, initiatives to do philosophy in various spaces of the city that are based on the culture of questioning and favor debate have emerged for some decades. These practices differ from institutionalized philosophy mainly in the public to which they are directed, their aims and methodologies, and by their philosophical assumptions. The project Filosofía en la ciudad, which has been carrying out philosophical cafés since 2016, is presented.

Keywords: education, philosophy teaching, philosophy in the city, philosophical practices.

1. La filosofía en la frontera

La filosofía, como es sabido, tiene un origen popular: Sócrates no era un orador, no cobraba por sus clases, y buscaba que cada uno de sus discípulos pensara por sí mismo. La filosofía adquirió derecho de ciudadanía y a lo largo de la historia han aparecido filósofos autónomos como Descartes, otros han sido figuras importantes de la Iglesia, como San Agustín, y otros más han logrado ser profesores universitarios, como Kant. Si bien existen biografías de todo tipo, la historia nos muestra cómo la filosofía transitó de las calles a la universidad, que se presenta como el único hábitat favorable a su desarrollo. En la actualidad vemos un movimiento importante en el mundo que se ha propuesto -con un éxito considerable- eliminar la filosofía de la escuela, quizás con la esperanza de que desaparezca por completo. (Vargas, 2013).

Al mutar en disciplina escolar, la filosofía se adaptó al carácter de una institución que no fue creada para el cuestionamiento, sino para la reproducción. Se le despojó de su carácter activo, de manera que el filosofar fue a menudo sustituido por la transmisión de contenidos. Las preguntas en clase suele hacerlas el profesor y son para evaluar si los datos -nombres, fechas, corrientes, teorías, formas de abordar los problemas- fueron asimilados. Los alumnos -que a esas alturas de la vida escolar han perdido la curiosidad y la capacidad crítica- no hacen preguntas (Maulini, 1998).

Si bien los cuestionamientos sobre la posibilidad de ser enseñada han acompañado a la filosofía y están presentes en autores como Kant, Hegel y Gramsci, los numerosos ensayos e investigaciones sobre la filosofía escolarizada llaman la atención. ¿Estamos ante una crisis?¹ Es probable que las políticas neoliberales que pretenden excluirla de la escuela hayan provocado una revisión de los diversos modelos que han constituido la enseñanza escolar de la filosofía, una forma de autocrítica orientada a la sobrevivencia. Una tarea difícil, dado que hasta ahora la asignatura “Filosofía” en el programa escolar suele provocar más apatía que entusiasmo. Filosofía significa historia de la filosofía, aprendizaje memorístico de las diversas corrientes y de los tipos de inferencias... los jóvenes no parecen muy interesados. ¿Significa esto que nunca reflexionarán sobre los problemas que plantea la vida a los seres humanos, desde sus pasiones hasta sus

¹ “Actualmente, la filosofía vive casi exclusivamente en un ‘régimen incestuoso’. Prisionera de las universidades, la filosofía se reduce en gran medida a un diálogo entre filósofos. Escribir filosofía es ante todo escribir para otros colegas filósofos o publicar textos que han sido previamente debatidos durante coloquios, que reúnen exclusivamente a filósofos. Pero esta situación no siempre fue el caso”. Vinolo (2023)

costumbres? ¿Habrán que resignarse a vidas que se deslizan sobre la superficialidad? En su análisis sobre la enseñanza de la filosofía, Jorge Larrosa (2003) cita una reflexión de Valéry:

Lo que puede reprochársele a la filosofía es que no sirva para nada, aunque hace pensar que puede servir para todo. De ahí que puedan concebirse dos modos de Reforma Filosófica: uno sería prevenir que no servirá para nada –y consistiría en conducirla hacia el estado de un arte dándole todas las libertades formales-; el otro sería, por el contrario, presionarla para que sea utilizable e intentar que lo sea buscando las condiciones.

Las condiciones a las que alude el poeta, ¿habrán que buscarlas en los programas escolares? ¿en los docentes? ¿en los filósofos? ¿o fuera del espacio educativo formal? Quizá más que separar a la filosofía popular o “callejera” de la universitaria, habría que aceptar la existencia de las muchas filosofías. Esta actividad inicia con el pensamiento, cuando uno le plantea preguntas a la realidad que posiblemente sean elementales, pero que tienen sentido -incluso urgencia- para quien las formula. Cuando estas preguntas se alejan del sentido común y se convierten en una actividad crítica, se está haciendo filosofía. (Gramsci, 1975, pp. 14-42)

Las fronteras entre la filosofía profesional y la popular suelen ser trazadas desde dos orillas, que se han definido de manera más o menos reciente: por un lado, los claustros de profesores, quienes seleccionan y distinguen lo valioso de lo que, desde su punto de vista -enriquecido por su conocimiento de la historia de la filosofía-, no es original, bien sustentado, bien comunicado. Son textos que se discuten en congresos con colegas y se enseñan en las aulas. De ahí surgen problemas inéditos y respuestas novedosas. Desde la otra orilla, filósofos y no filósofos, trazan sus propias guías para determinar qué vale la pena leer, qué es comprensible, qué textos les aportan algo nuevo, qué resulta pertinente para entender su vida. Y entre estos incluyen pensamientos no sólo de filósofos, sino también textos de escritores, psicólogos, sociólogos, elementos diversos que forman parte de la cultura popular y que ayudan a la reflexión. Autores que, como Gunther Anders, cuestionan el encierro de la filosofía:

Me parecía que escribir textos sobre moral que sólo pudieran leer y entender los colegas universitarios carecía de sentido, era grotesco,

incluso inmoral. Tan sin sentido como si un panadero sólo hiciera pan para otros panaderos. (2001, citado en Vinolo, 2023)

2. ¿La filosofía puede ser enseñada?

El desinterés generalizado por la filosofía ha generado cuestionamientos tanto a nivel del aula como en la academia. Las preguntas que aluden a si la filosofía se puede enseñar -o qué de ella- y cómo, ha provocado discusiones en las que se juegan perspectivas diversas. Mencionaremos algunas:

La discusión sobre los contenidos se basa en una pregunta: ¿Enseñar historia de la filosofía es enseñar filosofía? Hegel responde afirmativamente y fundamenta su postura ridiculizando a aquellos que minimizan su importancia:

Según la obsesión moderna, especialmente de la Pedagogía, no se ha de instruir tanto en el contenido filosófico, cuanto se ha de aprender a filosofar sin contenido; esto significa más o menos que se debe viajar y siempre viajar sin llegar a conocer las ciudades, los ríos, los países, los hombres, etc. (citado en Gómez, 2003, p. 12)

En oposición a quienes consideran que dar prioridad a los contenidos convierte a la filosofía en una práctica memorística, aquellos que se alinean en la defensa de los contenidos declaran que la materia prima de la práctica filosófica es la historia de la filosofía, de los sistemas filosóficos y de los problemas filosóficos que los constituyeron. Se trata, pues, de la enseñanza de la filosofía como transmisión de archivo, una herencia que el profesor, guardián de la cultura, lega a sus alumnos. El acento está puesto en la enseñanza.

Otra discusión versa sobre la práctica: si filosofar se refiere al uso libre de la razón, ése es el ejercicio que se requiere. El referente es Kant, quien advertía a sus alumnos:

No se aprende la filosofía, no se puede aprender más que a filosofar [...] es decir, a ejercitar el talento de la razón siguiendo sus principios generales en ciertos ensayos existentes, pero siempre salvando el derecho de la razón a examinar esos principios en sus propias fuentes y a refrendarlos o rechazarlos. (Kant, 1988, pp. 650-651).

Para algunos docentes, esta práctica supone desarrollar en los estudiantes habilidades lógico-argumentativas y comunicativas, para otros, ejercitarlos en la reflexión sobre

problemas, ya sean clásicos o cotidianos. Otros hablan de educar la capacidad de juzgar y otros más de la construcción colectiva de problemas filosóficos. En todos los casos, parece haber la intención de desarrollar una competencia o, como diría Rancière (2007, p. 9), de forzar una capacidad a reconocerse.

Una postura distinta se centra en la actitud: enseñar la mirada aguda, cuestionadora, problematizadora de los fundamentos, que internaliza la interrogación “¿por qué?” y que no se satisface con las respuestas existentes. Cuando la insatisfacción se vuelve propia, se está empezando a filosofar (Cerletti, 2004). En ese sentido, los docentes intentan promover un cierto inconformismo con el pensamiento común problematizando allí donde los alumnos sólo ven evidencias. Los problemas son presentados por los maestros -tomados de la tradición filosófica o de la actualidad- o por los estudiantes, a partir de sus experiencias cotidianas.

Algunos autores, siguiendo a Lyotard, afirman que si no hay un saber delimitado, ni un canon filosófico, ni nada que se pueda enseñar en eso que llamamos “la filosofía”, por lo menos hay dudas y búsquedas, de los docentes y los filósofos, hay deseo y movimiento. Lo único que queda, entonces, es enseñar a desear (Montiel, 2011). La pregunta es si esto es posible y cómo: ¿Se puede enseñar, modelar, despertar, contagiar el deseo?

No hay duda de que en la filosofía hay un deseo presente “porque en filosofía -apunta Lyotard - hay *philein*, amar, estar enamorado, desear”. Y ese deseo no es deseo de algo completamente ajeno: “Lo otro [*el objeto* deseado] está presente en quien desea, y lo está en forma de ausencia. Quien desea ya tiene lo que le falta, de otro modo no lo desearía, y no lo tiene, no lo conoce, puesto que de otro modo tampoco lo desearía” (1989, p.80). Y es el movimiento del deseo el que hace aparecer el supuesto objeto como algo que ya está ahí sin estar, y el supuesto sujeto como algo que tiene necesidad del otro para complementarse. Filosofar, es dejarse llevar por el deseo, pero recogéndolo, y esta recogida corre pareja con la palabra.

¿Y cómo se enseña el deseo? Barthes propone el método del “maternaje”, que toma como modelo la crianza de los niños, uno de los lugares fundamentales para acceder a la cultura y la sociedad: la madre no enseña el caminar al hijo -no se lo explica-, ni lo modela caminando delante de él; lo que hace es animar, sostener, demandar y apoyar el caminar del niño: si el niño camina hacia ella, es porque el deseo de la madre de que el niño camine encuentra un eco en el deseo del niño de caminar

hacia la madre (Gómez, 2003). La labor del docente desde esta perspectiva parece ser de acompañamiento.

En cambio, para Grau se trata de modelar: “Este enseñar el deseo pasa por la seducción de que seamos capaces, de que el cuerpo hable y dé señas en su entusiasmo por pensar. Enseñar el deseo por la filosofía es mostrar al otro nuestro propio deseo...” (2009, p. 102). ¿Deseo de qué? De ser quienes somos capaces de ser, de convertirnos en los que podemos ser.

Si por un lado tenemos o podemos tener el deseo de entender el mundo, de conocernos a nosotros mismos, y por otro lado estamos hablando de una actividad ya existente en nosotros que sólo requiere práctica y rigor, ¿por qué se mantiene la filosofía fuera del alcance de la mayoría de las personas?

3. ¿Filosofía de café?

Quizás ha llegado el momento no sólo de preguntarse por las formas de transmisión de la filosofía sino también por los espacios. ¿Por qué limitarse a las aulas? Han surgido numerosas alternativas, presenciales y virtuales, para la transmisión de cualquier contenido, ¿habría que descalificarlas en su totalidad? ¿Sólo podemos aceptar la figura “Docente frente a un grupo de estudiantes en un espacio cerrado”?

En este contexto de cuestionamientos sobre la enseñanza de la filosofía, surgen iniciativas para hacer filosofía en diversos espacios de la ciudad que escapan al control de las autoridades educativas y que se han venido multiplicando, como muestra el libro *La Filosofía. Una escuela de la libertad*, publicado por la UNESCO en 2007 -en español en 2011- con colaboraciones de investigadores, profesores y consejeros filosóficos en varios países. El libro presenta una mirada panorámica de la situación de la enseñanza de la filosofía en los distintos niveles escolares y termina con “Otros caminos para descubrir la filosofía: la filosofía en la polis”, capítulo que incluye la pluralidad de las prácticas filosóficas en la actualidad. Las razones por las que la gente acude a estas actividades no es necesariamente aprender filosofía sino, como muestra la autora, puede ser un interés por lo cultural, lo político o lo espiritual, por atender inquietudes existenciales o la búsqueda de un espacio terapéutico informal, o incluso por el deseo de relacionarse con otras personas.

Desde la última década del siglo XX, cuando Marc Sautet (1995) popularizó los cafés filosóficos, la filosofía empezó a intervenir diversos espacios: la calle, la cárcel, el hospital, el cine, la biblioteca, con personas desempleadas o de la tercera edad, con niños... La pretensión no es sustituir la filosofía académica, su fin es más modesto, quizás entrenar a las personas en una actividad que desarrollan cotidianamente: pensar, analizar el mundo, problematizarlo. No conformarse con el sentido común, con análisis express, o con lo que otros han pensado, no renunciar a las preguntas más importantes por la falta de espacios para pensar con otros. ¿Cuál es la novedad de esta propuesta? No centrarse en textos ni en autores, no ofrecer la verdad, acercar la reflexión a la vida cotidiana, poner la ética por encima de la moral y propiciar el debate.

Los cafés -como establecimientos- son un espacio propicio para la actividad filosófica, pues se sitúan a mitad de camino entre lo privado y lo público, y abren un paréntesis en el ajetreo de la vida cotidiana; son tentadores porque ofrecen un mundo nuevo, distinto al trabajo y al hogar, en el que se puede socializar con conocidos y desconocidos, conversar y discutir con ellos o, por lo menos, tomar una buena taza de café.

Además,

El café se ampara en numerosísimas reflexiones sobre su condición de espacio de tertulia, en la misma tradición de lugares públicos de debate ciudadano a los que, en cierto modo, viene a relevar como institución que se sabe como tal sin necesidad de constituirse formalmente. (Martí Monterde p 197)

Es una especie de plaza pública reservada, bajo techo, con asientos cómodos e interlocutores dispuestos a iniciar una conversación, un análisis o una polémica. Afuera quedan los pendientes y las prisas; en el café el tiempo se detiene y se vuelve placentero. Un círculo de sillas alrededor de unas cuantas mesas, un animador y algunos cafepensadores² -espontáneos o habitués- bastan para convertirlo en un café filosófico, sin necesidad de que los participantes digan su nombre o profesión: están reunidos para participar en la conversación, para escuchar y escucharse.

² Nombre que se les da a los participantes en el proyecto Filosofía en la ciudad.

Los cafés filosóficos forman parte de la ciudad educadora: están abiertos al público y constituyen un hito en la práctica filosófica, pues su propósito es hacer filosofía “de café”, es decir, filosofar con personas dispuestas a detenerse un rato para pensar, cuestionar y dialogar sobre temas que les interesan con cierto rigor, apegándose a reglas simples: se pide turno para hablar, tienen prioridad quienes no han participado, las intervenciones deben ser breves y respetuosas. En este espacio democrático -pues el establecimiento no “selecciona” a la clientela-, el animador no se presenta como autoridad, pues no pretende poseer la verdad, ni siquiera dar respuestas. Su función es animar a los cafepensadores, provocarlos con preguntas para que deseen expresar sus opiniones con el fin de que cada uno vaya aprendiendo de su propia elaboración intelectual y de la confrontación de sus ideas con las de los demás.

Algunos van a escuchar, otros a ser escuchados, algunos se preparan e investigan; la mayoría van a aprender sobre una pregunta que les atrajo, pero hay quienes asisten sin preguntar por el tema, que frecuentemente se elige entre todos, con anticipación. Es común que un cafepensador cite a un autor o alguna película, referencias legítimas en el contexto del café. Aquellos que iban a escuchar una clase salen frustrados, pero a menudo regresan. Algunos tienen que aprender a controlar sus ímpetus y cooperar para mantener el ambiente cordial, mismo que constituye la condición de posibilidad del café.

Si bien el animador no puede garantizar el éxito de un café, tiene que crear un clima favorable al intercambio y al descubrimiento. Si se muestra humilde en cuanto a sus opiniones y conocimientos, probablemente contagiara esa forma de hablar sin pretensiones y, además, animará a aquellos que se sienten inhibidos porque no están seguros de lo que van a decir. Si tiene sentido del humor, el ambiente será más relajado y la gente se relacionará con más facilidad. Si sus preguntas son buenas -en el doble sentido de “dar en el blanco” de los intereses de los cafepensadores y de generar reflexiones poco comunes- mantendrá el interés de los participantes.

En todos los casos se enfrentará a expectativas diversas: algunos prefieren que el debate se mantenga fiel al tema acordado, mientras que a otros les gusta que los guíen las participaciones. Algunos lamentarán que se profundice en un tema y otros, que se navegue en la superficie. Más de uno preferiría una exposición del animador y muchos más tener

el micrófono³ con más frecuencia. A veces se utiliza un lenguaje riguroso, en otros casos es más vago. Hacia el final de la sesión, algunos agradecen las conclusiones o la síntesis, otros prefieren llevarse las preguntas abiertas. Hay académicos que consideran que en un café solo se vierten opiniones, afirmaciones no fundamentadas. En este sentido, coincidimos con Rancière cuando afirma:

Les concedemos que una opinión no es una verdad. Pero es eso lo que nos interesa: quién no conoce la verdad la busca, y hay muchos encuentros que se pueden hacer en este viaje. El único error sería tomar nuestras opiniones por verdades. (2007, p. 28)

Los retos son muchos: convocar, motivar a los asistentes a elegir los temas y a dialogar, establecer un clima de respeto y cordialidad que estimule la participación, provocar y sostener un debate de calidad, dar coherencia al entramado que se va formando, promover una actitud de escucha, entender lo que cada uno —con su estilo propio— quiere comunicar, acompañarlo para que profundice en sus ideas y mantener el humor. Más que tratar de enseñar algo, la idea es ayudar a los cafepensadores a descubrir cómo es el mundo cuando lo problematizamos.

Una de las bellezas del café filosófico es que no hay más objetivo que pasar un buen rato, acercarse a un problema, beneficiarse del “préstamo de cerebros”. Esto no significa que el animador pueda darse el lujo de no preparar los temas, formular las preguntas de antemano, conocer perspectivas de distintos autores, quizá buscar materiales.

Los dos principios bajo los cuales se anima un café filosófico son la hospitalidad y la democracia, entendida como la posibilidad de que cada uno se exprese libremente y de que todos tengan el mismo acceso a la palabra. No existe un desarrollo “modelo” de un café -al menos no como lo concebimos en el proyecto de Filosofía en la ciudad-, cada uno tiene su propia dinámica que depende de la conformación del grupo -edades, género, profesiones, personalidad...-, del interés que tengan en el tema o logre despertar el animador, de si alguna afirmación los hizo sentirse vulnerables, del cansancio, de las llamadas telefónicas que distraigan, de si el animador se siente intimidado por la conducta

³ No es indispensable, depende del número de participantes.

de un cafepensador, del cansancio... Los factores que inciden en la dinámica de un café son innumerables. Sin embargo, el café filosófico parece otorgar a los asistentes un permiso para pensar, y esto los orienta hacia un filosofar desligado de los grandes autores de la historia de la filosofía. Se parte de que cada uno puede pensar de manera autónoma y por sí mismo. (Galzine, pp. 45-72) En suma el café es:

Un lugar divertido y acogedor, un lugar donde puede desarrollarse el pensamiento crítico y constructivo en un espíritu de expresión justa, un lugar donde los ciudadanos pueden adquirir sabiduría; en resumen, un lugar de suave resistencia a la regresión oscurantista y a toda la violencia de nuestro tiempo. un lugar divertido y acogedor, un lugar donde puede desarrollarse el pensamiento crítico y constructivo en un espíritu de expresión justa, un lugar donde los ciudadanos pueden adquirir sabiduría; en resumen, un lugar de suave resistencia a la regresión oscurantista y a toda la violencia de nuestro tiempo. (Nonnenmacher, 2007).

4. El proyecto “Filosofía en la ciudad”

Iniciamos este proyecto en 2016 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México con un seminario dirigido en un principio a estudiantes de Filosofía y Pedagogía. Recorrimos diversas avenidas: empezamos por analizar libros de autoayuda para identificar lo que distingue nuestra actividad de los materiales enfocados a la superación personal y al mercado. Leímos textos de filósofos contemporáneos escritos en un lenguaje “para todo público”⁴. Asimismo, revisamos las propuestas para hacer filosofía fuera de las aulas⁵. Lo más importante, sin duda, fue la práctica, que se convirtió en el centro del seminario: realizamos constantemente cafés filosóficos entre nosotros, en los que el animador en turno recibía la crítica respetuosa del resto del equipo. Retomaríamos esta práctica de retroalimentación durante la pandemia, como un ejercicio posterior a los cafés virtuales. Esto significó, por supuesto, para cada uno de nosotros, trabajar con la tolerancia a la frustración.

⁴ André Comté Sponville, Alain de Boton, Pascal Bruckner, entre otros.

⁵ Oscar Brenifier, Walter Kohan, Michel Tozzi, entre otros.

Al año de la constitución del seminario, organizamos un encuentro (Sophía la callejera)⁶ en el que animamos diez cafés con temáticas diversas, además de algunas charlas y talleres. A pesar de estar en un espacio académico, la poca formalidad de los cafés, la horizontalidad de los mismos y la dinámica permitieron, por un lado, legitimar nuestro proyecto y, por el otro, reflexionar sobre nuestra experiencia con personas ajenas al grupo.

¿Qué hacemos en los cafés filosóficos? ¿Cómo motivamos la participación de los asistentes? ¿Cómo logramos que nadie se apropie de la palabra? Y nosotros mismos, ¿cómo aprender a escuchar a los demás? ¿Qué tipo de preguntas provocan la discusión? ¿Cómo relacionar las ideas filosóficas con la vida cotidiana? ¿Cómo renunciar al poder que suponen la mayoría de las iniciativas educativas? ¿Cómo logramos mantener abierta la reflexión de manera que ninguna conclusión se imponga?

La respuesta a estas preguntas se fue construyendo a lo largo del seminario y de las oportunidades ocasionales que se presentaban para hacer cafés filosóficos en el espacio público: librerías, bibliotecas, plazas, instituciones del gobierno y, por supuesto, cafés.⁷ Quizá uno de los mayores retos fue conseguir los espacios, pero poco a poco, amparados en la magia de la palabra “filosofía”, los fuimos obteniendo. Empezamos a trabajar una modalidad de reflexión filosófica en la que se involucran varios de los miembros del equipo: la filosofía con niños.

Lentamente se fueron abriendo espacios para trabajar: con la inquietud de llevar la filosofía a barrios marginados, hicimos, en 2018, un acuerdo con el programa PILARES (Puntos de Innovación, Libertad, Arte, Educación y Saberes)⁸ por el que integrantes del equipo entraron a trabajar ahí para hacer cafés filosóficos. Asimismo, dimos un diplomado para sus maestros de filosofía. Simultáneamente iniciamos en la Facultad un taller -el Filolab- para los estudiantes interesados, ya sea que quisieran integrarse al equipo o trabajar por su cuenta.

Un día, nos sorprendió la pandemia. Después de la impresión inicial, y a pesar de la incertidumbre que trajo consigo, decidimos continuar nuestra tarea a través de la plataforma Zoom. A lo largo de tres años, realizamos cafés filosóficos tres veces por

⁶ El 16 de mayo de 2017, en la Sala de exposiciones de la Facultad de Filosofía y Letras. Los encuentros se realizan cada año, con distinta temática.

⁷ El único espacio fijo en ese momento era la Cafetería El Péndulo, en la colonia Polanco de la CDMX, en donde Esther Charabati realizaba -y realiza- cafés semanales desde el año 2000.

⁸ Se trata de un programa de la Secretaría de Educación, Ciencia, Tecnología e Innovación de la Ciudad de México.

semana, además de los maratones de cafés filosóficos que duraban alrededor de 8 a 10 horas. Cualquier pretexto era bueno: el día del amor y la amistad, el día del orgullo gay, el día mundial de la filosofía⁹... No diremos que la pandemia trajo consigo beneficios, pero durante el tiempo en que tuvieron lugar los cafés por zoom y la retroalimentación posterior, los integrantes del equipo pudimos ejercitarnos, revisar nuestras debilidades y observar a los compañeros para aprender nuevas estrategias. Asimismo, organizamos en forma virtual el primer coloquio internacional “Pensar fuera de las aulas: Filosofía En La Ciudad” con investigadores de distintos países.¹⁰

En 2018 nos convertimos en un proyecto de investigación¹¹ de la Facultad de Filosofía y Letras, lo cual nos abrió las puertas a varias instituciones. Una de ellas es la Biblioteca Vasconcelos, la más grande de la ciudad, donde actualmente se dan cafés filosóficos semanales. Además, tenemos otros espacios, como dos Centros de Atención y Desarrollo al Adulto Mayor, bibliotecas infantiles¹² y algunas cafeterías¹³. Realizamos cafés filosóficos de manera semanal en 16 espacios fijos, y en congresos y ferias de libros. El año pasado el equipo de Filosofía en la ciudad realizó más de 700 cafés filosóficos y talleres de filosofía con niños.

Varios de los integrantes del equipo están haciendo sus tesis de licenciatura dentro del proyecto con temas diversos: un manual para animadores de cafés filosóficos, una tesis de psicología sobre el diálogo socrático, una memoria informe, una evaluación sobre la incidencia de los cafés filosóficos en los cafepensadores, y otras sobre filosofía con niños. Otros han publicado artículos académicos relacionados con el proyecto y han presentado ponencias en congresos internacionales.

Tenemos dos publicaciones: el libro “Pensar fuera de la escuela: filosofía en la ciudad” derivado del coloquio, y el manual “Animación de cafés filosóficos”.¹⁴

⁹ Los temas fueron Placeres y pecados, 2018; ¿Por qué da miedo un sombrero? (El Principito), 2019; ¡Este mundo es una sopa! (Mafalda), 2020; ¡Pienso luego...eh! (Los Simpsons) 2021; El espejo que nos mira (Black Mirror), 2022).

¹⁰ Se llevó a cabo del 12 al 16 de abril por Zoom, en coordinación con el Centro de Investigación de la Facultad de Filosofía y Letras.

¹¹ PAPIIT 400321 (Programa de apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica, de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico)

¹² Bibliotecas de la Organización Internacional para el Libro Juvenil IBBY

¹³ El Péndulo, ZunZun Jungla Urbana, Dulce María...

¹⁴ Ambos están en proceso de impresión en la Coordinación de Publicaciones de la FFyL.

A modo de conclusión

Esta es, a grandes rasgos, la historia del proyecto. El equipo se reúne semanalmente para presentar propuestas, dar seguimiento a los proyectos particulares, exponer dudas y reflexionar sobre ellas. Quizá una de las cosas más interesantes sean los logros difíciles de medir, por ejemplo, la cohesión del grupo y el ambiente amistoso y solidario que lo ha caracterizado: por un lado, un gran respeto a las personas y a sus posturas, por el otro una gran cooperación entre los integrantes ya sea para preparar cafés o para apoyarse en la realización de sus tesis. Creo que este es uno de los mayores logros y una de las razones por la cual constantemente se integran nuevos miembros al equipo.

Referencias bibliográficas

Cerletti, A. (2005). Enseñar filosofía: de la pregunta filosófica a la propuesta metodológica. *Revista Sul Americana de Filosofia e Educacao*, n. 3. Recuperado de www.periodicos.unb.br.

Galzine, V. (2001). Le café-philo: lieu de formation?, Memoria de ciencias de la educación, Université Montpellier 3.

Gramsci, A. (1975). *Materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, México, Juan Pablos.

Grau, O. (2009). Otra vez el deseo. Para pensar la enseñanza de la filosofía”. *Revista de filosofía*, 65. Recuperado de <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-43602009000100006>

Kant, E. (1988). *Crítica de la razón pura*, A838/B866, Madrid, Alfaguara.

Larrosa, J. Sobre la enseñanza de la filosofía (Elogio y repulsa en tiempos de crisis) Recuperado de <http://biblio.fc.edu.uner.edu.ar/derecha/novedades/pdf/19781.pdf>

Liotard, J.F. (1989). *¿Por qué filosofar? Cuatro conferencias*, Barcelona, Paidós/I.C.E. - U.A.B.

Maulini. O. (1998), La question: un universel mal partagé. *L'éducateur*, 7, pp.13-20, h Recuperado de <http://www.unige.ch/fapse/SSE/teachers/maulini/these03.html>.

Montiel, F. (abril de 2011). El deseo, una mirada sobre la enseñanza de la filosofía, ponencia presentada en las *Jornadas de investigación en Filosofía*, La Plata, 27 - 29 de abril de 2011. Recuperado de <http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/35668/>

Martí Monterde, A. (2007). *Poética del café, un espacio de la modernidad literaria europea*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Nonnenmacher, G. (2007) A quoi servent les cafés philo? Recuperado de <https://diotime.lafabriquephilosophique.be/numeros/043/002/>

Rancière, J. (2007). *El maestro ignorante : cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Buenos Aires, Libros del Zorzal.

Sautet, M. (1995) *Un café pour Sócrates*. Paris. Robert Laffont.

TOZZI, Michel: “Le café-philo: quelle responsabilité pour la philosophie?”, 2001 Recuperado de: www.pratiquesphilo.free.fr/contribu/contrib02.htm

UNESCO (2011) *La Filosofía. Una escuela de la libertad*, México, UNESCO-UAM-I.

Vargas Lozano, G. (2013).

Vinolo, S. 2023. *Fronteras de la filosofía: Pensar al margen de las instituciones*. Recuperado de: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/pensamiento-actual/article/view/55186>